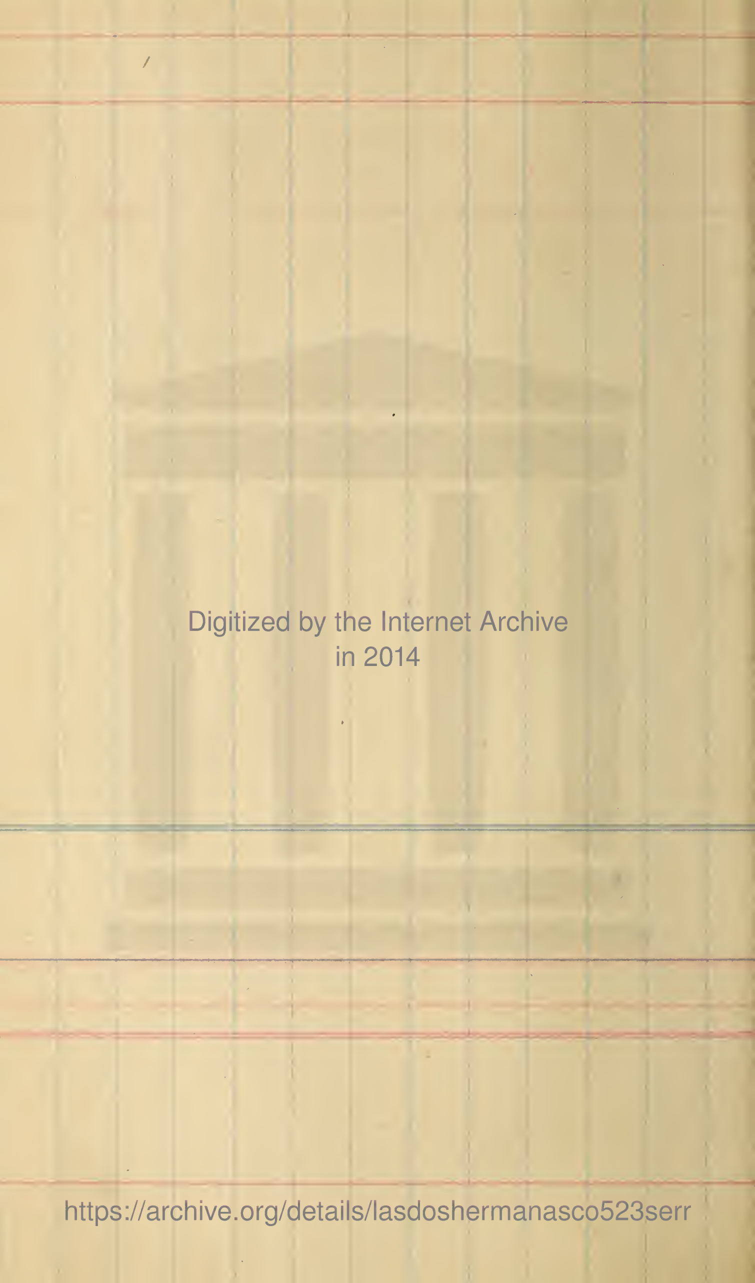
3751

Tres

Los hermanas

Serra



LAS DOS HERMANAS,

comedia en un acto y en verso,

ORIGINAL

DE D. NARCISO S. SERRA.

Representada en el Teatro Español el 30 de Noviembre de 1869.

Al Sor D. Martín [illegible]

su amigo

N. S. Serra

MADRID,
IMPRENTA DE FERMIN MARTÍNEZ GARCÍA,
CALLE DE SEGOVIA, NÚMERO 26.

1869

AL SEÑOR

D. RAFAEL MARÍA LIERN.

Hace catorce meses
no tengo empleo,
hace más de ocho años
que estoy enfermo;
en este estado,
he escrito esta comedia,
pobre y baldado.
Es el único mérito
que en ella existe,
una gota de llanto
por cada chiste,
que cual despojos
daban á la esperanza
mis tristes ojos.
Esta comedia, humilde,
te la dedico,
sé con ella indulgente,
te lo suplico;
y con Dios queda,
y para siempre tuyo,

Narciso Serra.

PERSONAJES.	ACTORES.
MAGDALENA.	SRTA. D.ª ELISA BOLDUN.
LUISA.	CONCEPCION LOMBÍA.
JUAN.	SR. D. MANUEL CATALINA.
SARGENTO.	MARIANO FERNANDEZ.
TRISTAN.	MANUEL PASTRANA.
TOMÁS.	CIPRIANO MARTÍNEZ.
UN SOLDADO, que no habla.	

ACTO ÚNICO.

Sala baja en casa de un labrador. Puerta al foro y laterales. Muebles rústicos.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, MAGDALENA, TOMAS.

TOMAS. Lo dicho: á mí no me engañes
ni vengas con garatusas
ni con lágrimas, ¿entiendes?
porque si me entra la furia,
me tiro á él y le parto
desde el tobillo á la nuca;
y si me enfado y le atizo
un mamporro, no le cura
ni el médico de Pareja,
ni el cirujano de Budia.
No me conviene ese mozo:
no digo yo que su alcurnia...

LUISA. Es muy bueno: si no hubiera
muerto su tio, aquel cura
que le amaba con delirio,
fuera otra suerte la suya;
el pobre con su trabajo
mantiene á su madre viuda

y á un hermanito pequeño,
¡inocente criatura!
y con su trabajo sólo...

TOMAS. Y maldito lo que suda.
Es sacristan de este pueblo,
ayuda misa, comulga,
canta vísperas, y agur.
¡Ah! no, que tambien rascuña
el órgano, y lo hace mal.

LUISA. Él sabe música.

TOMAS. ¿Música?
Ah, ya, sí: la del *sol feo.*
Desvergüenza como suya,
¿por qué se atreve á llamar
feo al sol que nos alumbra?
Y dale con fa, la, la,
y do, si, do. ¡Qué tontunas!
para cojer la guitarra
y echar por la boca unas
malagueñas ó una jota,
eso no es preciso nunca.
Y en fin, no me da la gana,
y es fuerza que esto concluya.
Tú estás prometida á otro
y has de sufrir las resultas.

LUISA. Juan...

TOMAS. Juan es un buen muchacho,
y te quiere con locura:
se marchó á cumplir su suerte
por no atentar á la tuya
mermando su hacienda; es ya
graduado de oficial; juzga
mi alegría al verte yo
oficiala; ¿qué murmuras?...

LUISA. Yo... nada.

TOMAS. Juan me dejó
por su apoderado; en suma:
ocho años há que marchó,
y aunque su hacienda no es mucha,
tampoco es poca; y ó bien

quiera pedir la absoluta
y vivir en este pueblo,
ó bien siga su fortuna,
tiene aquí con qué pasarlo
sin meterse en más honduras.
Y el otro, con cinco reales
que gana por junto, nunca
podrá mantener mujer,
y madre, y hermano; estúpida
serás, si le haces más caso,
porque él no tiene figura...
es moreno, chiquitin,
y cobardote, y granuja.

LUISA. Le insulta usted porque es pobre.

TOMAS. ¿Yo?...

LUISA. Ya se ve que le insulta.

TOMAS. Pues le insulto, sí señor.
¡Ahora iba yo á criar una
hija como un sol, que tiene
la cortesía en la uña,
que estuvo tres años en
Madrid con su tia Úrsula
para que él se la llevara!
Mereceria una tunda.
Yo bien claro le he cantado
el cantar; puja que puja
estuvo, y yo erre que erre:
aquí tienes las resultas
de ser yo amable y ser bueno;
él, ya se ve, con la escusa
de enseñarte ese *sol feo*,
te dijo cuatro tontunas,
y tú le creiste; ¡boba!
no se morirá de angustia;
y si se muere, mejor.
Me voy á vender las uvas
cerquita, un cuarto de legua;
ya he aparejado la burra...
que no éntre estando yo fuera;
mira que si me sulfura

soy muy capaz... Magdalena,
tú que eres tan buena, juzga
si tengo razon ó no:
si él te quiere y tú le punzas,
se atreverá, y yo me atrevo
á sentarle las costuras.
Agur.

MAGD. Vaya usted con Dios.

TOMAS. Lo dicho dicho (ahora puja,
y yo, al verla pujar, pujo;
no quiero que me descubra).

ESCENA II.

MAGDALENA, LUISA.

LUISA. ¿Ves qué condenada suerte
tengo, Magdalena; ves?
Obedeciendo á mi padre
ofendo al que quiero bien;
y aunque á mi padre venero,
como es justo y como es ley,
harto comprendo, ¡ay de mí!
que no puedo obedecer.

MAGD. Serénate.

LUISA. No es posible,
es preciso de una vez
apurar tanta amargura:
pero, señor, ¿y por qué,
por qué está mi padre así?
Porque es pobre, vea usted.

MAGD. No tal, que hay otro motivo
más poderoso.

LUISA. ¿Cuál es?

MAGD. Estar prometida á otro,
el que guardes á otro fe.

LUISA. Imposible, Magdalena:
me duele pensar en él,
si aun me quiere, que lo dudo;

pero ¿qué le hemos de hacer?
Y reuniendo mis recuerdos
muchas veces, yo no sé
cómo estoy comprometida:
era tan niña... y despues,
cuando empezaba á tenerle
algun cariño, se fué;
y pasar un año y otro,
y nunca volverle á ver,
y ver luégo à Tristan, ¡ay!
siempre triste y siempre... pues;
y hoy una palabra, y otra
mañana... en fin, que le amé.
Pero no puede quejarse
Juan de que le he sido infiel
sin avisarle; una carta
le escribí...

MAGD. (Aparte.) Y yo la guardé.
¡Pobre muchacho!

LUISA. Y en ella
le explicaba mi querer.
No se acordará de mí:
al cabo, ojos que no ven...
hace ya más de ocho años,
teniendo yo diez y seis
cuando se fué, y en el pueblo
solamente ha estado un mes,
con licencia temporal,
hace ya dos años.

MAGD. Tres,
bien me acuerdo yo, aunque era
tan chiquitina... y tan... que...
tenia hermosos bigotes,
con su gorra de cuartel
de medio lado, con unos
ojos de tanto interes...
estaba muy guapo.

LUISA. Sí.

MAGD. Mucho más que Tristan.

LUISA. Pues

yo quiero más á Tristan.

MAGD. Eso no tiene que ver
para confesar que el otro
era muy guapo.

LUISA. Así es.

MAGD. Y te queria muchísimo:
¿te acuerdas de aquella vez
que te hiciste una sangría?
pues él no lo pudo ver,
y lloraba como un niño
de puro pesar y de...
y á mí me daba rosquillas
y bollos con aguamiel...
¡Qué contento estaba entónces!
¿Quién diria que despues
te habias tú de encontrar
tan fria para con él?

LUISA. ¿Y qué quieres? el amor
se siente, y no se le ve.
Vino Tristan á enseñarme
música: ¡con qué placer
escuchaba sus lecciones!
Como se explica tan bien...
y el trato... y la compasion...
sí, la compasion, por que,
como el pobre está tan pobre,
le daba vergüenza, y le... (Mira por la ventana.)
Es él; le quiero decir
que nunca me vuelva á ver.
Magdalena, tú eres buena:
déjale pasar, y que
no sepa nada mi padre.

MAGD. Descuida.

LUISA. (Hablándole por la ventana.)
¡Dios de Israel!
¿que si puedes entrar? entra.
Dadme fuerzas para que
pueda infundirle valor,
que bastante há menester.

ESCENA III.

MAGDALENA, LUISA, TRISTAN.

TRISTAN. Buenos dias, buenos dias.
LUISA. Buenos, Tristan.
MAGD. Tenlos buenos.
TRISTAN. Ví á vuestro padre salir
montado en un burro negro,
con direccion á las eras,
es decir, fuera del pueblo;
y como que estando fuera
es claro que no está dentro,
vine para averiguar
si tu corazon angélico
se compadece de mí,
que estoy llorando y gimiendo, (Llorando.)
y me permites hablar
con Luisa.
MAGD. Sí, y mucho siento
de mi padre, el mal recibo
que te hizo.
TRISTAN. Recibo perro,
pues por él he recibido
los insultos más sangrientos...
Válgale ser vuestro padre,
ademas de ser un viejo,
que sinó, de un puñetazo
le desbarato los sesos;
me llamó enclenque, canijo,
y chiquitin, y arrapiezo;
ví mi noble profesion
arrastrada por los suelos,
y hasta me llamó piojoso;
no se lo demande el cielo.
Yo á todo callar, callar,
y decir:—Señor, la quiero.
—Aunque la quieras.—Me quiere.

—¿Y qué tenemos con eso?
Ya mudará de opinion
en mudando de pellejo.—
Por eso he venido, por
que si la toca un cabello,
¡pobre de él, pobre de mí,
pobres de los dos: me pierdo!
que á mí me insulte, corriente;
pero á ella, no lo consiento.

LUISA. ¡Pobre Tristan!

TRISTAN. Ahora vine
sin ser notado del pueblo,
que ha salido todo á
esperar al regimiento.

MAGD. ¿Qué regimiento es?

TRISTAN. Es un
regimiento de lanceros,
que va á la guerra de Africa,
y se pára aquí á dar pienso.

MAGD. ¡Ay, tendremos alojado!
¡Qué gusto, cuánto me alegro!

TRISTAN. ¿Te gustan los militares?

MAGD. Mucho, tienen un salero...
no son como estos pazguatos,
todos son unos mostrencos.

(Cornetas. Marcha de caballería, dentro.)

TRISTAN. ¿Oyes? van hácia la plaza.

MAGD. Pues me voy, me voy á verlos.
Por Dios, Tristan, vete pronto:
mira que mi padre luego...

TRISTAN. Descuida, me marcharé
en seguida.

MAGD. Pronto vuelvo.

ESCENA IV.

LUISA, TRISTAN.

LUISA. ¿Qué piensas hacer, Tristan?
TRISTAN. Pienso... no sé lo que pienso:
yo no tengo más que un tio
que se conserva soltero,
y tiene una cosa... así,
como que parece muermo;
si ese quisiera al morir
dejarme por su heredero,
y se muriese muy pronto,
todo se arreglaba; pero...
¿cómo se le dice? claro
es que dirá:—No quiero.—
LUISA. Y así se pasan los dias
y los meses, y yo tengo
que resolver.
TRISTAN. ¿Resolver?
¿Pues no tienes ya resuelto
el quererme?
LUISA. Mucho, sí;
pero ya ves, tambien tengo
compromisos...
TRISTAN. ¿Compromisos?
Háblame claro, no entiendo...
LUISA. Que estoy prometida á otro,
bien lo sabes.
TRISTAN. ¡Ay, me has muerto!
¿Hay hombre más infeliz?
Que infeliz soy yo, debiendo
repicar á un tiempo mismo
en tu boda y en mi entierro.
Mira, Luisa, si haces tal,
faltas á tu juramento,
y un juramento es sagrado.
Tú me acogiste por dueño,

tú me amabas...

LUISA. Y te amo,
con toda el alma te quiero;
pero mi padre... ya ves
que...

TRISTAN. Tu padre es un mostrenco;
si así me dejas, adios,
ya sé yo lo que hacer debo:
voy á sentar plaza en ese
regimiento de Farnesio
que ha venido.

LUISA. ¿Qué me dices?
¡Hay más desventuras, cielos?
Farnesio es en donde está
mi prometido.

TRISTAN. ¡Soberbio!
Ahora pide la absoluta,
os casais, y yo me muero. (Llorando.)

LUISA. ¡Ay, no te mueras!

TRISTAN. Sí, sí,
ya casi me huele el cuerpo...

LUISA. Vendrá aquí, es muy natural,
¿y qué le digo? ¿qué hacemos?

TRISTAN. ¿Qué? echar por el atajo;
no hay más modo, estoy resuelto.
Nos batimos; no me importa
que sea él todo un sargento
y yo un pobre sacristan
organista de este pueblo;
si le mato, ya verás
cómo yo me pavoneo...
y si me mata... no importa,
cómprate un vestido negro.

LUISA. Ese es mal medio.

TRISTAN. Pues hija,
yo no encuentro otro remedio
sino morirme.

LUISA. Tal vez...
hablándole á él... es bueno...

TRISTAN. Aunque sea como un santo;

¿á quién se le pide eso?
Y decirle:—¿Usted la quiere?
—Sí.—Pues yo tambien la quiero:
cédamela usted, y váyase
á pasear con viento fresco.—
Claro es que dirá que no;
yo soy igual que un cordero,
mas si me dijesen que
te cediese, no te cedo.

LUISA. Han llamado... ya está aquí,
¡valedme, divinos cielos! (Mirando por la ventana.)
Es él y otro militar:
sal por el corral corriendo,
que no te vean.

TRISTAN. Adios.

LUISA. Pero no te vayas léjos.
Sube: va á leer en mis ojos
este malestar que tengo.
¡Oh! yo no le quiero ver
ahora, me voy adentro.

ESCENA V.

JUAN, graduado de alférez; SARGENTO, con galones; un SOLDADO que deja las monturas sobre una silla y se va.

JUAN. ¡Calla! ¿pues tampoco aquí
están esas criaturas?
Ramos, deja las monturas
en cualquiera parte, así.
Pues chico, lo que te digo:
hoy vas á ver en verdad
cuánta es mi felicidad
alojándote conmigo.
Soy muy feliz, muy feliz,
cuando te lo digo yo...

SARG. Hombre... no diré que no;
pero me da en la nariz
cierto tufo... una criada

sólo en el portal habia
que abrió la cuadra...

JUAN. A fe mia,
esa no sabia nada.

SARG. Al fin y al cabo venir
tras de muchos tropezones
á este pueblo, y los patrones
no salirte á recibir...
acogimiento tan frio
trayendo tú tal calor...
vamos, no me da el mejor
pensamiento, amigo mio;
tu novia, al cabo y al fin
eres arrogante mozo,
debiera bailar de gozo
en cuanto oyera un clarin,
y no parece; su padre
tampoco parece... vamos,
sospecho que aquí estorbamos
aunque á tu gusto no cuadre.
¿Quién sabe si con la ausencia
te habrán olvidado?

JUAN. No.

SARG. Créeme á mí, porque yo
tengo muchisma experencia,
y sé lo que pueden ser,
lo que dan de sí esos séres;
yo con todas las mujeres
me acuerdo de mi mujer:
una madrileña neta,
más fuerte que el aguarrás,
y más morenilla, y más
chica que media peseta;
pues hijo, me la pegó
con un furriel; si la cojo,
descargo todo mi enojo
sobre ella; pero se huyó.
Pasó de cuerpo el furriel
á Santiago, y claro está,
donde va él, ella va,

ella se pasó con él.
Pero aunque sea jatancia,
no encuentra otro como yo:
el cabo Gonzalo... ¡oh!
no le arriendo la ganancia,
porque ella es como una arpía...
Á bien que el cabo Gonzalo
la arrimará cada palo
que cante la letanía.
Ella con mi protecion,
con la que iba viento en popa,
lavaba toda la ropa
en el tercer escuadron;
y entre el aquel del lavar
y el pienso para el ganao,
habíamos ya juntao
un gato muy regular;
eso fué lo que sentí:
se marchó y se llevó el gato,
que estaba dentro un zapato,
en oro, metido allí...

JUAN. ¡Cómo ha de ser! un favor
te hizo la tal á mi ver,
porque la mala mujer,
cuanto más léjos mejor.

SARG. Eso digo yo.

JUAN. Sí á fe;
mas no todas son así,
y sinó mírame á mí,
qué contento estoy, y qué...
vaya, que es casualidad
venir á este pueblo mismo...

SARG. En que hicieron tu bautismo?

JUAN. En que tengo la mitad,
la mitad del alma; sí,
yo vivo por ella sólo,
y si en ello hubiera dolo
yo no sé... ¡pobre de mí!
¡La quiero tanto, es tan bella,
tan inocente, tan pura!

Si me olvidase... ¡locura!
¿Qué fuera de mí sin ella?

SARG. Lo mismo decia yo
cuando quedé viudo:—Sin
ella, ¿qué soy yo?—Al fin
el cuerpo se acostumbró.
Al principio no eché lumbre;
pero al fin la murria dejo...
Se acostumbra uno á ser viejo;
en fin, todo es la costumbre.

ESCENA VI.

MAGDALENA, JUAN, SARGENTO.

MAGD. Militares.
JUAN. Hola, ¿aquí
una niña?
SARG. Y es muy guapa;
diga usté, moza de chapa,
¿es usté de casa?
MAGD. Sí.
SARG. ¿Y se puede saber qué?
MAGD. ¿Tiene usté en saberlo empeño?
SARG. Sí tal.
MAGD. Soy hija del dueño.
JUAN. ¿Cómo? ¿Es usted hija de...
eres tú?...
MAGD. ¿Quién?
JUAN. ¿Magdalena?
MAGD. ¿Cómo sabe usté mi nombre?
JUAN. ¿No he de saberlo? pues hombre,
si soy...
MAGD. ¡Juan! (Abrazándole.)
JUAN. ¡Ay, me enajena!
MAGD. ¡Cuál mi corazon retoza
dentro del pecho con brio!
¡Qué guapo vienes, Juan mio!
JUAN. Tú sí que estás buena moza.

Magd. Mi padre, que fuera está,
tendrá al verte gozo inmenso.
Juan. Si puede, que en dando pienso
nos marchamos.
Magd. ¡Voto va! (Tocan provisiones.)
Sarg. Tocan provisiones: ea,
yo tomaré por los dos;
quédate tú aquí; con Dios,
patroncita (y que no es fea).

ESCENA VII.

Magdalena, Juan.

Juan. Pero, ¿y mi Luisa, mi Luisa?
Magdalena, háblame de ella,
porque sin su amor yo no
puedo vivir, Magdalena.
Mis padres y mis hermanos
están debajo de tierra;
si ella me falta, me muero.
Magd. (Aparte.)
¡Ay Dios!
Juan. Pero me consuela
que es fiel á su juramento,
estoy seguro.
Magd. ¿De veras?
Juan. Sí, siempre llevo sus cartas
sobre mi corazon puestas:
míralas. (Enseñándoselas.)
Magd. (Aparte.) ¡Cielos, las mias!
Juan. En que tierna me contesta
á algunas cartas que yo
la escribo de higos á brevas;
porque, ¿para qué escribir
no estando la boda cerca?
Es para apesadumbrarse,
y en sabiendo que está buena...
Magd. Tienes razon; pero dime,

andando por esas tierras
te habrás divertido mucho,
habrás visto...

JUAN. No lo creas:
mi genio es triston; y luégo,
pensando en hacer carrera,
cumplo con mi obligacion
y pocas horas me quedan
para divertirme; pero,
Luisa, ¿por qué no se acerca?
¿No está en casa?

MAGD. Sí está en casa;
pero está... así...

JUAN. ¿No está buena?

MAGD. Sí tal, sí tal, no está mala.

JUAN. Es que si no lo estuviera...
si una emocion... porque al verme
se conmoverá, por fuerza;
y si eso ha de hacerla mal,
más vale que no me vea.

MAGD. ¡Pobre Juan! ¿La quieres mucho?

JUAN. La amo con el alma entera:
ella es toda mi esperanza,
toda mi ventura es ella;
ya ves tú si es ancho el mundo
y si la tierra es inmensa:
pues si ella á mí me faltara,
todo me falta en la tierra.

MAGD. ¡Pobre Juan, ay, pobre Juan!

JUAN. ¿Qué tienes? No estás serena.
¿Qué te pasa?

MAGD. No me pasa
nada.

JUAN. Deja de ser terca.
¿Por qué no sale aquí Luisa?

MAGD. Por...

JUAN. ¡Gracias á Dios, es ella!

ESCENA VIII.

MAGDALENA, JUAN, LUISA.

JUAN. ¡Cuánto el verte me enajena!
Ven, Luisa mia, mi Luisa,
que la luz de tu sonrisa
disipe mi negra pena;
hoy que te veo y te toco,
mi amor, si es posible, crece;
es de véras, me parece
que voy á volverme loco.
¡Qué hermosa, qué hermosa estás,
tierna flor, con el rocío!
Mírame más, amor mio,
mírame más, mucho más...
Dime, ¿no es verdad que están,
aunque son tan voladoras,
harto pesadas las horas
para nuestra dicha?

LUISA. Juan...
me extraña encontrarte así.

JUAN. Y así estaré hasta que parta.

LUISA. Tras de recibir la carta...

JUAN. ¿Cuál?

LUISA. La que yo te escribí.

JUAN. Aquí están, ¿cuál me decias? (Enseñándolas.)

MAGD. (Aparte.)
Se cumplieron mis recelos.

JUAN. Tú dirás cuál era.

LUISA. ¡Cielos!
esas cartas no son mias.

JUAN. ¿Cómo que tuyas no son?
¿No es esta tu letra, dí?

LUISA. Es muy parecida, sí,
mas no es mia.

JUAN. ¡Maldicion!
Está claro... bien se ve

que en todo esto hay falsía.
Las que yo te respondia,
¿en dónde están?

LUISA. No lo sé;
sólo sé que te escribí
una carta, carta amarga
por lo enojosa y lo larga,
en la que... (¡pobre de mi!
no sé cómo continuar)
te pedia por favor
renunciaras á mi amor.

JUAN. ¡Yo renunciar! ¡Renunciar!
¡Renunciar cuando es profundo!
¡Cuando ese amor es mi vida,
única cosa querida
que tengo yo en este mundo!

MAGD. Eso la decia yo,
y ella siempre contra mí,
y yo empeñada en que sí,
y ella empeñada en que no.

JUAN. ¿Pero qué he hecho yo, Dios mio?
¿En qué he dado yo ocasion
para que tu corazon
manifieste tal desvío?
Si es que no quieres que sea
militar, no lo seré,
y contigo viviré
muy feliz en esta aldea.
Si ves un brillo sombrío
aquí en tu galano porte,
nos iremos á la corte,
donde tú quieras, bien mio.
Que en la corte y en las eras,
y tanto aquí como allí,
siempre he de ser para ti
lo que quieras, lo que quieras.
Y aunque es una ceguedad
seguir leyes de mujeres,
¿qué me importa, si tú eres
reina de mi voluntad?

LUISA. ¡Oh, no, Juan! Yo te agradezco
tu abnegacion... tu ternura...
JUAN. Pues entónces, criatura...
LUISA. Pero yo no lo merezco.
JUAN. ¿Que no lo mereces?
LUISA. No.
JUAN. ¿Cómo que no lo mereces?
LUISA. He dicho que no mil veces.
JUAN. ¿Por qué?
LUISA. Porque... porque yo...
JUAN. Y estas cartas falsas, ¡ah,
siente el corazon un frio!
¡No sé qué tengo, Dios mio!
Luisa, ¿no me quieres ya?
¿No es posible entre los dos
el enlace prometido?
Habla, mujer, te lo pido
más que por amor de Dios.
LUISA. Pues bien, Juan... ¡pobre de mí!
yo no creí... yo pensaba...
yo no te guardo...
JUAN. ¿Qué, acaba!
LUISA. La fe que te prometí.
JUAN. ¡Qué escucho, Dios justiciero!
LUISA. No puedo amarte, porque...
no sé la razon... yo sé
que amo á otro... ¡ay Dios, yo muero!
(Se desmaya.)
MAGD. ¡Desmayada!
JUAN. Desmayada,
y con sobrada razon.
(¡Miserable corazon,
no me sirves para nada!) (1).
Ayúdame, y la pondremos
en la cama.
MAGD. Eso es, allí
podrá descansar; así
que se alivie ya hablaremos.

(1) *Fortuna contra fortuna.*

ESCENA IX.

SARGENTO.

SARG. Eh, ya cumplí con el toque,
y el afecto que consagro
á mi amigo Juan... milagro
será que yo me equivoque.
Él confia, y á mi ver,
aunque lo son sin razon,
todas las mujeres son...
lo mismo que mi mujer.
No reniego del destino,
ni al fin y al cabo lo siento
mucho, porque á pensamiento
de mujer, trago de vino;
ese no engaña: ese achispa:
y á aquel que achispa le ofrece...
eh, ¿qué tiene ese? parece (Viendo á Juan.)
que le ha picado una avispa.

ESCENA X.

SARGENTO, JUAN.

JUAN. Allí queda Magdalena;
cuando se encuentre mejor
la hallará al lado. ¡Señor,
me estoy ahogando de pena!
¡Yo que una dicha soñada
alimenté en mi locura,
al perder esa ventura
no tengo en el mundo nada!
Solo, sin esa mujer...
me voy á pegar un tiro,
y acabo...
(Saca una pistola de las cañoneras de la montura.)

SARG. ¿Qué es lo que miro?
¡Bárbaro, qué vas á hacer?
JUAN. ¡Oh! déjame morir.
SARG. ¡Quiá! (Quitándole la pistola.)
quiero evitarte un fracaso.
JUAN. ¡Déjame morir!
SARG. ¿Acaso
sabes lo que hay por allá?
¿No hay más que quitarse así
uno de en medio? ¿Qué es, pues,
lo que te sucede?
JUAN. Es
que tengo un infierno aquí;
es que vivir más no puedo;
que mi mal es muy amargo,
y á sufrimiento tan largo
tengo miedo, tengo miedo.
Que no brilla para mí
la hermosa luz de la aurora;
es que maldigo la hora
en que por mi mal nací.
Es que con indigno modo
ella mi amor atropella...
es... que no me quiere ella:
con esto está dicho todo.
SARG. ¡Lo estás mirando, infeliz!
Y tú empeñado en que no.
¿No te lo decia yo?
Si tengo yo una nariz...
JUAN. ¡Ama á otro!
SARG. Claro, estará
aquí de cuerpo presente,
y miéntras estás tú ausente
él la verá... y la dirá...
y el demonio... y la ocasion...
¡qué diablos! yo no concibo...
pero esto no es un motivo
para matarse, ¡chiton!
castigo de ser veleta
sea salir tú oficial

y llegar á general,
y ella quedarse paleta.
¡Pese á mi fortuna ingrata!
vente y ganarás tesoros, (Con misterio.)
que me han dicho que los moros
gastan estribos de plata,
y son *vaqueros*, ¿estás?
y que pesan... ¡voto á brios!
Con que en desmontando dos
no te quiero decir más.
No sientas esa jugada,
porque sobre no ser rica...
y al fin y al cabo, esa chica
á tí no te toca nada.
Mi mucha cordura alabo
y lo firme que he nacido:
pues si te se hubiera ido
tu mujer con algun cabo,
te hubieras muerto; yo no,
que yo valgo un Potosí;
Dios me dé salud á mi
pa verlo, y san sacabó.
Sacude con mano ardiente
ese dolor que te abisma;
vamos... levanta esa crisma
y mírame, así, de frente.

JUAN. ¡Ya te miro y ya me ves,
solo en el mundo!

SARG. Eso no,
no estás sólo: ¿pues y yo?
¿acaso soy nadie? pues
yo, que á cualquiera Caifás
por tí rompiera el bautismo,
y que te quiero muchismo
desde que eras quinto, ¿estás?
si te llegara á perder
fuera una pérdida esta
mucho peor, más funesta
que fué la de mi mujer.
Dame un abrazo y andando,

vive sólo para mí;
aprieta, más fuerte, así,
(¡hombre, pues no estoy llorando!)

ESCENA XI.

JUAN, SARGENTO, MAGDALENA.

MAGD. Ya ha vuelto en sí; reza y llora,
y no hacê más que llorar,
y á mí se me parte el alma
en escucharla no más.

JUAN. ¡Magdalena, Magdalena,
me estoy muriendo de afan!
Dime tú de esta mudanza
la causa, pues la sabrás.
Este es mi hermano, mi amigo,
con que bien puede escuchar...
habla, cuéntame detalles;
ya sabes que sé mi mal;
cuenta lo de ménos tú
ya que yo sé lo de más.

MAGD. Pues el cuento es muy sencillo:
es el caso, que Tristan
el organista del pueblo,
la venia á casa á dar
leccion de música...

SARG. Estoy,
¿y con la música la
atontó?

MAGD. Precisamente
no es eso, pero es igual.
Al principio estaba mudo,
es claro... la cortedad
y su posicion... él gana
cinco reales nada más,
y tiene madre y hermano
pequeño que sustentar...
Se iba así pasando el tiempo

y do, mi, sí, y do, sí, la...
—Canta usté con mucho gusto.
—Es lisonja.—Es la verdá.—
Hasta que por fin habló,
y ella le dejaba hablar,
por más que yo la decia:
—Pero muchacha, ¿y Juan?—Juan
estará en brazos de otra
enamorado, quizá,
al cabo de tanto tiempo
que no me ha oido nombrar.—
El otro fué poco á poco
ganando su voluntad,
y hoy le quiere con el alma,
con toda el alma, no hay más.

JUAN. ¿Y estas cartas?

MAGD. Ella quiso,
para más seguridad
suya, desatar el nudo
que os unia y que...

JUAN. Ya.

MAGD. Te escribió una carta...

JUAN. ¿A mí?

MAGD. Pidiendo su libertad,
dándote muchas disculpas
y pintándote su afan...

SARG. Poniéndole la licencia
en la mano, claro está.

MAGD. Yo que sabia que tú
no la habias de olvidar,
porque no desesperaras
me guardé la carta.

(Toda esta escena con mucho rubor.)

JUAN. ¡Ah!

MAGD. Y como que nuestra letra
es tan parecida y tan...
yo contestaba á las tuyas...

JUAN. Basta, no me digas más.
¿Conque eres tú, eres tú,
criatura angelical,

quien sostuvo mi esperanza,
aunque estaba muerta ya?
Esa accion, que Dios bendiga,
los cielos te premiarán.

MAGD. Sí... los cielos...

SARG. Y los hombres,
¡vaya, no faltaba más!
Juan, ¿nada te dice el pecho?
¿no te dice nada, Juan?
Esta niña, que se guarda
una carta en que te da
la otra la absoluta, escribe
á tus cartas, y ademas
te consuela... y pues... te anima,
¿no te dice, claro está,
que te quiere?

MAGD. ¡Ay! ¡Qué vergüenza!
(Tapándose la cara.)

JUAN. ¿Será posible?

SARG. No hay más:
olvido á la otra, y aquí
hace falta un sacristan.

ESCENA XII.

TRISTAN, DICHOS.

TRISTAN. Aquí estoy yo.

MAGD. ¡Tristan!

TRISTAN. ¿Yo?
Yo no sé si soy Tristan,
aunque estoy triste, muy triste;
yo soy la tristeza y la...
porque estoy triste, por eso
quiero morir ó matar,
y por eso vengo aquí.
¿Cuál de ustedes dos es Juan?

JUAN. Yo soy.

TRISTAN. Hágame usté el gusto

de enviarme con Barrabás.

JUAN. ¿Cómo?

TRISTAN. Trinchándome... así, (Acciona.)
en un periquete, paf.
Entré por la puerta falsa
y he visto á Luisa, que está
tan llorosa como yo...
¡no hacemos más que llorar!
Yo no puedo estar así;
¡vamos! yo no puedo más;
mi madre en mi casa, llanto...

JUAN. (¡Tiene madre!)

TRISTAN. Vengo acá,
llanto; en todas partes llanto;
y pues me encuentro tan mal,
hágame usted el favor
de acabarme de matar.

JUAN. ¿Soy yo verdugo?

TRISTAN. Eso no,
pero para mí es igual.
Desde que usted ha venido
es más mi infelicidad.

MAGD. ¡Pobre Tristan!

TRISTAN. Y tan pobre,
que no puedo serlo más:
no tengo olivos que ver,
ni tengo tierras que arar,
ni temo que en mis ganados
se ensangriente el lobo audaz;
pero tengo un corazon,
y éste es más sensible y más...
y se le he entregado á Luisa,
y me la quieren quitar.

JUAN. ¿De qué manera?

TRISTAN. Torciendo,
torciendo su voluntad;
si ella prefiere ser mia
y comer conmigo pan
seco, y quien dice pan seco
dice cualesquier manjar

de poco coste, ¿á qué es
el hacerla trastornar
sus instintos, y que luégo
coma con otro faisan?
¿No es verdad? ¿Tengo razon?
¿Tengo razon, no es verdad?

JUAN. ¿Ella le quiere á usted?

TRISTAN. Ella
me tiene un cariño tan...
como el mio; en eso sí,
nuestro cariño es igual.

JUAN. No quiera Dios que por mí
se tengan que separar
sus almas: usted se casa
con Luisa.

TRISTAN. ¡Será verdad!

SARG. Bien, Juan.

MAGD. ¿Cómo?

JUAN. Lo que he dicho.

TRISTAN. ¡Ay, yo voy á reventar
de placer! ¿Será posible
que sea usted tan cabal?
Yo que presumia hallarme
un sargento montaraz,
oliendo á tabaco y cuadra,
y á bebida, y á alquitran...
encontrarme con un santo,
porque usté es un santo; ¡ah!
déjeme usted que le abrace,
yo le quiero á usté abrazar.

ESCENA XIII.

TOMAS, Y DICHOS.

TOMAS. ¿Conque ha venido Juan?... ¡Calle!
¡Abrazando á su rival! (Admirado.)

JUAN. No es mi rival: él se casa

con Luisa...

TOMAS. ¿Cómo?

JUAN. No hay más:
y les doy toda mi hacienda
para que vivan en paz;
usté es mi administrador,
usté se la entregará.

TOMAS. Yo... bueno... pero tú...

JUAN. A mi
me basta mi paga, y más
tendré con el tiempo. ¡Ea!
(Tocan á caballo: el soldado recoje las monturas.)
tocan á caballo ya.
Tio Tomás, hasta la vista...
Magdalena...

TOMAS. ¿Qué, te vas
sin despedirte de ella?
Luisa, Luisa, sal acá.

ESCENA XIV.

TODOS.

LUISA. Aqui estoy.

JUAN. Enjuga el llanto,
que no hay motivo á llorar,
y no puedo yo explicar
por qué á mí me aflige tanto.
Yo soñaba... ya se ve...
y el tiempo se iba pasando,
y yo seguia soñando...
y al cabo vi que soñé.
Casas con Tristan.

LUISA ¡Qué escucho!

JUAN. A quien quieres, y él á tí:
yo le doy mi hacienda, y
me alegro... me alegro mucho. (Con esfuerzo.)

LUISA. Juan, tan generosa accion,

favor que yo no merezco,
sabe Dios que te agradezco
con todo mi corazon.

JUAN. Adios; si con triste afan
llega un soldado á tu puerta,
que la encuentre siempre abierta
por la memoria de Juan.

LUISA. Dame un abrazo.

JUAN. (¡Esto más!)
Ea, adios, adios las dos.

(Cornetas. Tocan trote.)

SARG. Que tocan trote.

MAGD. ¡Adios!

JUAN. Hasta más ver, tio Tomás.
Si vuelvo y me cura Dios (A Magdalena.)
de este pesar tan profundo,
aun puede haber en el mundo
ventura para los dos.
Adios.

TODOS. Adios.

TOMAS. Voy á verle
montar á caballo.

TRISTAN. Y yo.

ESCENA XV.

MAGDALENA Y LUISA.

MAGD. ¿Morirá en la guerra? ¡No,
es imposible perderle!
Se extravía mi razon,
y á ese pensamiento muero:
porque le quiero, le quiero
con todo mi corazon.

ESCENA XVI.

DICHOS, TRISTAN, TOMAS.

TRISTAN. Ya salió á todo correr
el potro negro, y con brio.
LUISA. ¡Hacedle feliz, Dios mio!
MAGD. ¡Señor, que le vuelva á ver!
(Se oye más cerca el toque de trote.)

FIN.

POST-SCRIPTUM.

Á la admirable ejecucion de todos los actores que tomaron parte en esta comedia, y especialmente al privilegiado talento de Doña Elisa Boldun y D. Manuel Catalina, se debe el buen éxito que ha alcanzado. Faltaria á un deber de conciencia, si así no lo consignase.

NARCISO SERRA.

